

LA IMAGEN DE LA MUJER EN LA OBRA DE ÁNGEL GUERRA

Zebensuí Rodríguez Álvarez¹

¹ Licenciado en Filología Hispánica y docente de la UNED Lanzarote.

1. Introducción

Una de las notas más sobresalientes de la obra literaria de Ángel Guerra (seudónimo de José Betancort Cabrera, 1874-1950) es su compromiso social, el cual le llevó a retratar con cierta aspereza a las clases burguesas al tiempo que convertía a las más populares en protagonistas dolientes de un trágico destino. Se trataba, en suma, de un compromiso ético y estético fundamentado en la creencia de que «la existencia actual es así, amasijo de tristezas y rencores» que experimentan unos «seres forzados a vivir de su propio padecer», de manera que, necesariamente, «el arte que se inspira en este espectáculo tiene que ser triste», aunque, eso sí, porque «necesitamos continuamente estimular a violencia nuestras almas con impresiones nuevas, que ejerzan de revulsivo espiritual» (Guerra, 1906: 2-3).

En este sentido, a medida que avanzó en su producción, el lanzaroteño acabó concentrando su atención en la figura de la mujer, a la que terminó convirtiendo en protagonista de la mayoría de sus relatos tanto para visibilizarla como para colocarla ante el espejo y denunciar, ante todas y todos, la violencia e invisibilización a la que se veía sometida.

En este trabajo, tras presentarse un repaso por la biografía de tan prolijo creador, se ofrece un breve análisis sobre el papel que Ángel Guerra reservó a la mujer en buena parte de sus obras literarias. A continuación, se profundiza en la visión del también publicista sobre la situación de la mujer en su obra periodística y ensayística, la cual transcurrió en paralelo a su ejercicio de crítico literario, muchas veces consagrado también al comentario tanto de la obra de las escritoras contemporáneas como de los personajes femeninos que poblaban por entonces la novelística de la literatura universal. Finalmente, se cierra esta comunicación con un apéndice que recoge varios fragmentos con los que inventariar la galería de tipos femeninos que, con perspectiva de género, surgieron de la pluma de tan singular escritor.

2. Breve perfil biográfico de José Betancort Cabrera, Ángel Guerra

José Betancort Cabrera nació en Tegui (Lanzarote) en 1874. Tras haber padecido el abandono de su padre –quien emigró a Uruguay para nunca más volver a la isla–, se trasladó a Gran Canaria, donde encontró el amparo de sus tíos maternos. Allí tuvo la oportunidad de estudiar en el Seminario Conciliar de Las Palmas y de alcanzar una formación que difícilmente habría obtenido en la vieja Villa. Si bien es cierto que sus idas y venidas a Lanzarote fueron constantes y que, en 1891, llegó a trabajar como maestro interino en la Escuela de Arrecife, acabó estableciéndose en Las Palmas, donde afianzó una prometedora dedicación periodística.

Deseoso de abrirse un hueco en el mundo de las letras, en 1900 marchó a Madrid, donde pronto contó con el respaldo de Benito Pérez Galdós, quien lo ayudó a introducirse en las tertulias literarias y en las redacciones de las principales

cabeceras del momento. De esta manera, logró entablar amistad con dos importantes feministas de la España de comienzos de siglo: Emilia Pardo Bazán, asidua de los encuentros literarios en casa de Benito Pérez Galdós, y Carmen de Burgos, artífice de una de las más importantes tertulias madrileñas.

Lo cierto es que el quehacer del joven lanzaroteño en la capital española acabó resultando fructífero, pues llegó a escribir en más de 200 medios nacionales e internacionales, toda vez que ejerció de corresponsal en París (1908) y Portugal (1910) para *La Correspondencia de España*.

Asimismo, tradujo al castellano casi una veintena de obras originales en catalán, italiano, portugués, inglés y francés. Su primera traducción, en 1907, fue de la obra *Vida trágica*, de Caterina Albert, una autora gerundense que debía publicar con el seudónimo Víctor Catalá para ocultar su condición de mujer.

Esta faceta de traductor estuvo siempre apoyada en sus grandes conocimientos como crítico literario. De hecho, en 1899 llevó a imprenta *De Arte*, su primer libro de reseñas de las principales obras de la literatura universal. Asimismo, convencido de que las creaciones escritas por mujeres estaban invisibilizadas por el sexismo de la sociedad europea, en 1910 comenzó a publicar la columna “Las grandes escritoras modernas” en la revista *Ilustración Artística*, de Barcelona.

Mucho más recordada es hoy su obra literaria. Junto a *La Lapa* (1908), tal vez la novela más afamada de este prolijo escritor, casi medio centenar de relatos y novelas cortas acaban de dar forma a su brillante trayectoria como narrador.

Su fama y reconocimiento fue tal que en 1912 se lo eligió diputado por la circunscripción electoral de Lanzarote, cargo en el que se mantuvo hasta 1923. Años más tarde, en 1930, fue designado director general de Prisiones, lo que le permitió modernizar el sistema penitenciario español. Gracias a su labor política, en 1918 fue nombrado hijo predilecto de Tegui y, en 1930, hijo adoptivo de Las Palmas de Gran Canaria.

Sin embargo, la llegada de la Guerra Civil en 1936 acalló tempranamente su voz, de manera que la pluma de quien siempre había preferido firmar con su seudónimo galdosiano, Ángel Guerra, desapareció abruptamente de las páginas de la prensa y del mercado editorial.

Apartado, pues, de la vida pública, murió en Madrid en 1950.

3. Las violencias hacia la mujer en la obra narrativa de Ángel Guerra

Como ya se ha señalado en otro lugar (Rodríguez, 2022: 88), en la obra literaria de José Betancort es posible advertir la existencia de dos grandes etapas: una de inicio, que podría denominarse decimonónica, y otra de madurez, a la que podría caracterizarse como modernista-noventayochista. La primera de ellas estaría marcada por un continuismo tardorromántico al que el realismo y naturalismo se amalgaman para generar una prosa de vocación costumbrista. Pertenecen a esta etapa obras como *Cariño eterno* (1898), *Aguas primaverales* (1900), *A bordo* (1901), *Al sol* (1903) o *Agua mansa* (1906). En ellas puede paladearse a un primer

Ángel Guerra muchas veces dulzón y en cierta medida complaciente que, fiel a la tradición regionalista canaria, continúa mostrando un espacio insular aún apegado al viejo *locus amoenus* de las islas Afortunadas, de manera que el realismo y el naturalismo solo brotan de su pluma para caracterizar a los personajes.

Por su parte, en la producción de su segunda etapa, Ángel Guerra muestra una actitud más inconformista que lo lleva a convertir el paisaje en un espacio de lucha. Como síntoma del desencanto de fin de siglo, el publicista, que en *Polvo del camino* (1908) y en *Del vivir revolucionario* (1912) exhibe su faceta de ensayista más rebelde y ansioso de justicia social, vuelca ahora en su prosa narrativa «el dolor y la piedad, la ira y la rebeldía, todo el tumulto del perpetuo espectáculo de la desigualdad humana» (Guerra, 1912a: 228). Este desenvolvimiento ético y estético, que apenas se intuye en *Cariños* (1905), puede verse ya reflejado en *Al jallo* (1907), *Mar afuera* (1907) y *Tierra seca* (1907), pero es en *El justicia del llano* (1908) y, especialmente, en *La Lapa* (1908) donde se hace patente.

En todos estos textos es evidente el empeño del creador de querer denunciar la situación en la que se encontraban los más humildes (marineros y campesinos) y, de manera destacada en sus últimas producciones, la mujer, a la que vio como «esclava a todo capricho del hombre, como bestia de trabajo, pronta al castigo». Así, paulatinamente, convirtió a aquella en protagonista de sus relatos para mostrar la dureza de las violencias sexual, física e, incluso, simbólica que se ejercía sobre ella en la España del momento.

3.1. La violencia sexual

Una de las primeras descripciones de una escena de violación en la obra de Ángel Guerra es la que puede encontrarse en *Al jallo* (1907), novela en la que una de sus protagonistas es asaltada por un grupo de pastores. Un detalle relevante de esta descripción es que la mujer, lejos de poder erigirse en víctima, se sabe a sí misma objeto de agravio social, por lo que decide ocultar al vecindario el ultraje al que ha sido sometida:

Narró la muchacha lo sucedido. Habíale salido al camino el perro de un ganado, al atravesar el jable. Sola, luchó con el animal, que embestía con furia carnicera. Tras un desesperado bregar, logró a la postre huir, llano adelante, mientras el perro, ladrando enardecido, pronto siempre al asalto, la perseguía tenaz y colérico. Un lejano silbo contuvo al animal, y corriendo, fatigada, pero con los ímpetus que le prestaba el miedo, pudo acercarse a la ranchería. [...] Todavía, presa del susto, tartamudeaba la muchacha. Era creíble el caso. Algunas mujeres sonreían maliciosas. [...] Interiormente reproducían en forma bien distinta la escena. Les eran conocidos los asaltos y la violencia de los pastores

cuando alcanzaban a ver a una mujer que, sola, se aventuraba en el llano. Salían en cuadrilla al encuentro, brutales, frenéticos, como los camellos en celo. [...] Surgían de pronto, saltando al camino, agarrando violentamente a la mujer hasta dar con ella en tierra. Escondidos detrás de un médano o al soco de una aulaga, esperaban el momento oportuno. [...] No eran frecuentes los casos. Pero muchas de las mujeronas de la Caleta, si bien lo callaban, podían atestiguarlo (Guerra, 1907/2020: 59-60).

A pesar incluso de la brutalidad presente en esta última obra, es en *El justicia del llano* (1908) cuando la violencia sexual cobra verdadero protagonismo al erigirse en desencadenante de la acción. En esencia, toda la obra gira en torno a la búsqueda de una lavandera que ha desaparecido en el pueblo para, más tarde, centrarse en la identificación del asesino. Ya en las primeras páginas, el narrador había informado del abuso al que los pastores sometían a las lavanderas en los caminos del jable que, para encontrar el agua, debían atravesar estas mujeres:

Como si esto no fuera bastante, en aquel camino acechaban a las lavanderas otros enemigos, con los que veíanse obligadas a mantener heroicas luchas. Ya eran los camellos en celo, sueltos, dueños del llano, que corrían a su placer y que acometían a cuantos seres humanos encontrasen en sus frenéticas andanzas; ora eran los cabreros, que ocultos en alguna covacha o bien escondidos tras de las aulagas salvajes, de pronto las sorprendían, asaltándolas con acometidas brutales, enardecidos, a la desesperada (Guerra, 1908/1989: 129-130).

Sin embargo, no sospecha entonces el lector que esta será la causa de la muerte de la desaparecida, misterio que no se desvela casi hasta el final de la narración:

Estaba él pastoreando el ganado cuando vio venir por el camino a la lavandera. Iba sola. De pronto sintió la idea tenaz de asaltarla. Fue una locura, un golpe de la sangre que lo empujó, escondiéndose tras las matas unas veces, y de los médanos otras, hasta el camino. Abalanzose sobre ella, que se defendió en lucha a brazo partido, mientras la niña lloraba. Al sujetarla por el cuello, bajo la brutal presión de los dedos, vio con espanto que ella abría desmesuradamente los ojos, y por la boca arrojaba sangre, en tanto que las manos agitaban, con estremecimientos desesperados, el aire (Guerra, 1908/1989: 191).

No son solo estas dos las únicas obras en las que la violación de una mujer motiva la acción narrativa, pues también en *A merced del viento* (1912) pueden encontrarse escenas similares a las anteriores.

3.2. La violencia física

Junto a la agresión sexual, también fue el maltrato físico hacia la mujer por parte de sus parejas otro de los grandes ejes de la narrativa de Ángel Guerra. Un claro ejemplo lo constituye el relato *Detrás del camello* (1917). La protagonista es ahora Gilda, una joven cercana a los treinta años que se enamora de Panchillo, un «mozo fornido, cantador, enamorado, holgazán y pendenciero» (1917/2020: 202) que acepta casarse con la muchacha solo si su padre le concede también su camello. Una vez lo obtiene, el nuevo amo del animal se entrega a la bebida y somete a su esposa al hambre y al maltrato físico, muchas veces incluso ante la condescendiente escucha de su suegro, hasta que una noche la gravedad del asalto le obliga a intervenir. Aunque violento y amenazante, el maltratador perdona el atrevimiento del otro hombre y, en un acto de piedad que no tiene con su mujer, lo invita a marcharse de casa. Es entonces cuando el camello entra en escena y acaba silenciando a su amo quitándole la vida en un acto de justicia animal.

De esta manera, este texto, que –como muchos otros del autor– sirve para denunciar los problemas que planteaban al campesinado la propiedad de la tierra y de los medios de producción, acaba dirigiendo su atención hacia la mujer para situarla en el centro de la desigualdad y de la violencia.

3.3. La violencia simbólica

El rechazo a la asimilación del maltrato como parte ineludible a la condición de la mujer es también eje vertebrador de *Con la cruz a cuestas* (1919), un relato corto en el que la protagonista acepta casarse con un hombre «perdulario» (Guerra, 1919: 8). La verdadera razón para el matrimonio es clara: satisfacer «una vieja ilusión de su madre, que siempre la tuvo destinada a entroncar con los Hijos, la única familia que, por su abolengo, amén de la riqueza, podía enlazar con los Pedreñas» (Guerra, 1919: 8). Esta revelación, que pone el acento en los matrimonios concertados, hace recaer la responsabilidad de cuanto acontece en la voluntaria perpetuación de unas tradiciones que, al final, roban sentido a la existencia de la mujer. No en vano, cuando al final de la narración muere el maltratador, su sufrida esposa solo alcanza a decir «Me quedé sin cruz. Ahora, ¿para qué vivir?» (Guerra, 1919: 9).

La vergüenza que siente la mujer ante cualquier tipo de violencia ejercida por el hombre y que le impide declararse víctima en lugar de culpable puede rastreadse también en *La huella* (1911), un relato que se edifica en torno a la preocupación de una muchacha soltera por ocultar a su padre el haberse quedado embarazada de un hombre que ha decidido desaparecer de su vida. Como ocurría tras las

violaciones de *Al jallo* (1907) o *A merced del viento* (1912), todo el sentimiento de culpa recae de nuevo en la mujer, quien, ante la vergüenza de un embarazo no deseado, debe soportar cómo el hombre queda impune y puede permitirse huir de la situación libremente.

3.4. Violencias y solidaridad grupal

No puede acabarse este repaso por la narrativa de Ángel Guerra sin hacer mención a *Las paces* (1920), un relato breve que gira en torno al trabajo y a las relaciones interpersonales de un grupo de orchilleras lanzaroteñas, mujeres que arriesgaban su integridad física al recoger de los riscos de Famara la orchilla. Aquí, la dureza del entorno lanzaroteño, tan habitual ya en la prosa del autor, sirve también en este caso para revalorizar el papel de las recolectoras, sometidas a una dura y peligrosa profesión que, para mayor complicación, debían simultanear con la crianza de sus hijos.

Al igual que los pescadores de *Al jallo* o que los cabreros de *El justicia del llano*, las mujeres de *Las paces* también «trabajaban en grupos separados, que se caracterizaban por familias o por caseríos» y, de hecho, se veían a veces inmersas en disputas que parecían durar eternamente. Sin embargo, el clímax de la obra llega cuando una de las mujeres está a punto de caer al vacío y todas salen a su rescate. Una vez arriba, incluso la mayor de sus enemigas se ofrece para amamantar al hijo de la desdichada. El título del relato cobra entonces sentido, pues las dos mujeres hacen las paces y, de manera evidente, por encima de la disputa entre ambas resalta la muestra de solidaridad (¿sororidad?) entre las mujeres.

4. El discurso feminista de Ángel Guerra en su obra periodística

Este claro ejercicio de militancia feminista que puede rastrearse en la obra narrativa de Ángel Guerra —y que, dígame de paso, pocas veces ha sido analizado por la historiografía crítica— es absolutamente explícito en su prosa periodística o ensayística. Tal vez sus artículos más tempranos al respecto sean “La eterna Desdémona”, “Crímenes pasionales” y “Tristi amorí”, todos ellos recogidos por el autor en su recopilatorio *Polvo del camino* (1908). En el primero de ellos, centrado en la violencia física, el tono de denuncia es evidente desde el principio:

Es el pan nuestro de cada día. No pasa uno sin que caiga una mujer muerta en cualquier rincón de España. La ferocidad, que pide sangre, cansada de amar o con sed de amor a la violencia, busca a diario una víctima, destrozando carnes femeninas. Jack, el destripador de las mujeres, ha trasladado su residencia y hace de sus ejercicios de carnicero humano o de clínico artista en nuestra nación. [...] Es monstruoso, verdaderamente repulsi-

vo, este instinto sanguinario que hace matar a muchos hombres
(Guerra, 1908/1988: 190).

Con todo, lo verdaderamente relevante de este texto es que esta manifestación de rechazo hacia estos crímenes viene acompañada de una reflexión sobre el desencadenante de los mismos, pues, en efecto, Ángel Guerra sabe que lo que incita al asesinato es la existencia de unos conceptos del amor y de la honra que resultan perniciosos:

Las culpas de que se la acusan son ficticias. Los celos responden en el hombre a una pésima educación, al desenvolvimiento de la impulsividad hostigada por el mal ejemplo, y que no encuentra la camisa de fuerza de una disciplina interior de las pasiones. Recela, copia, mata, sin convencimiento, de un modo irreflexivo, por una súbita calentura que trastorna la razón y acosa los instintos (Guerra, 1908/1988: 91).

Por todo ello, no duda en señalar a la «moral corriente» y a la justicia como responsables de la permanencia de estos crímenes machistas:

El punto de honra, persistente aún en la sentimentalidad española, y consagrado en la moral corriente, mantiene en pie sus ambiguos fueros en las costumbres con la sanción del pueblo, que celebra de paso los bárbaros arrestos del asesino, su airosa actitud al herir y su no menos expresivo gesto de complacencia al entregarse al juicio de los hombres que lo aplaude y a la justicia de las leyes que en casi todos los casos lo perdona.

[...] El punto de honra pone enseguida en labios del parricida la frase consagrada: “Me engañaba y la maté”. Basta ella sola para que la conciencia pública absuelva al asesino con toda clase de pronunciamientos favorables a su caballeresca valentía. Suelen las leyes también aceptar la novela novelesca y justamente absuelven (Guerra, 1908/1988: 191).

Es obvio, pues, que el objetivo del lanzaroteño al escribir estos artículos es no solo manifestar su repulsa hacia estos crímenes como quien rechaza cualquier asesinato, sino también advertir que los mismos están motivados por una cuestión clara de género (por mucho que no use este término) y que, por tanto, obedecen a una tradición social que se ha construido sobre la base de una desigualdad contra la que cabe rebelarse. De esta manera, su ejercicio periodístico se convierte también en una oportunidad para la pedagogía. Así, en “Crímenes pasionales” explicita este propósito:

Pienso, no obstante, que, dado el carácter social que entrañan, corresponde también a los escritores, por las condiciones de publicidad y de reincidencia que les prestan síntomas de un verdadero estado de alma nacional, estudiarlos y combatirlos. ¿Qué? Entregarlos al silencio envuelve una complicidad en el delito, y es necesario llevar, ya que no la acción popular a la consecución de un castigo, para regenerador ejemplo, la acción periodística que los condena (Guerra, 1908/1988: 203).

Ciertamente, esta temática se convirtió en recurrente en la obra periodística de Ángel Guerra, quien repitió sistemáticamente en la prensa este discurso con igual intencionalidad didáctica. Del conjunto de la producción publicista del autor a este respecto, conviene reparar en el artículo “Llaga social”, dado a estampa en el diario *El Pueblo Manchego* en 1918, pues en él no solo vuelve a repetir algunas de las ideas ya apuntadas en sus textos de una década antes, sino que, de una manera, si cabe más madura, profundiza ahora en los roles de género y se acerca a conceptos clave del feminismo actual como los de control, poder y dominio:

Otro crimen de los mal llamados pasionales. No causa ni indignación ni espanto porque ese es desgraciadamente el pan nuestro de cada día. [...] En nuestros asesinos de mujeres [...] ni media el amor con sus arrebatos ni el honor en sus exaltaciones. Esas leyendas de enamorados que matan enloquecidos por el cariño o torturados por la visión de la deshonra que ciega el espíritu es necesario desterrarla para siempre. [...] No sienten más que orgullo, el orgullo del fuerte que acorralla al débil y lo aplasta cuando se rebela este en un arranque de dignidad o desesperación; no los impulsa más que la violencia del que quiere dominar e imponerse sin que nadie, sometido, intente contrariar su omnimoda voluntad (Guerra, 1918: 1).

Al igual que hiciera en su obra narrativa —donde no solo mostró la crudeza de las violencias física y sexual, sino que, además, esbozó la problemática derivada de la simbólica, de manera paralela—, también en su prosa periodística consagró su pluma a rebatir los roles de género, especialmente aquellos que dificultaban la incorporación de la mujer a ciertas profesiones tradicionalmente consideradas masculinas. Un claro ejemplo de ello lo constituye el artículo elocuentemente titulado “De la aguja a la pluma”, que publicó en 1935 en *El Diluvio* (Barcelona) y en el que, en buena medida, celebra que la mujer inglesa haya sido capaz de adentrarse en el mundo periodístico hasta lograr ejercer la profesión desarrollando tareas otrora estimadas propias de hombres:

Eran entonces pocas las mujeres que se consagraban al periodismo en Inglaterra. Entonces escribían para los periódicos. Ahora los hacen. Son legión las que se hallan inscritas en Society of Women Journalist.

Muchas de las secciones de los grandes diarios, la moda, la cocina, el gardinaje, los deportes femeninos, los muebles, los niños, las escuelas, la beneficencia, han pasado a ser campo atrincherado de las mujeres.

[...] Pero otras se encargan de reportajes en que el trabajo es muy rudo. Por ejemplo: visitar los tugurios del East End para descubrir las guaridas de la miseria y del crimen. O vivir la vida de los obreros en los “docks” de Londres para dar una impresión del esfuerzo agotador de los trabajadores (Guerra, 1935: 5).

5. La visibilización de la mujer en los trabajos de crítica literaria y traducciones de Ángel Guerra

Como ya se ha dicho al comienzo de este trabajo, otra de las grandes dedicaciones de José Betancort (paralela a su ejercicio periodístico) fue la crítica literaria. No en vano, Ricardo Gullón (1983: 37), teórico de la literatura española, llegó a afirmar que «Ángel Guerra, hoy mal recordado, fue en su tiempo un crítico relativamente influyente». Así lo atestiguan no solo sus libros *De Arte* (Las Palmas, 1899) y *Literatos extranjeros* (Valencia, 1903), sino también los numerosos prólogos o epílogos a las obras de sus coetáneos (como Rafael Ramírez, Luis Doreste, Urbina...) y, cómo no, el incontable número de reseñas publicadas en la prensa de España y América.

Dentro de este amplio conjunto de trabajos críticos, destacan los dedicados al estudio de las obras producidas por escritoras, a las que Ángel Guerra supo invisibilizadas por la tradición. Así, por ejemplo, en el semanario *La Ilustración Artística* (Barcelona) mantuvo entre 1910 y 1912 una página bajo el título “Las grandes escritoras modernas”. En estas reseñas no se limitó el lanzaroteño a referenciar la vida y obra de sus coetáneas con el espíritu más positivista de un historiador de la literatura, sino que, ante todo, dedicó sus esfuerzos a poner en valor la calidad de sus producciones, a veces, sin dudar en hacer afirmaciones que evidenciaron su conciencia de género: «Ese solo cuento, como *Sol de la tarde* de la misma escritora, la admirable Gabriela Preissova, vale más que la obra entera de algunos novelistas de renombre» (Guerra, 1912b: 766).

También en estos artículos, al mismo tiempo que ponderaba el valor de las obras producidas por escritoras, centró su atención en el análisis de los personajes

femeninos presentes en las mismas. De hecho, en una temprana reseña de la obra *Las mujeres de Zola*, de su amigo Enrique Gómez Carrillo, había asegurado que:

Adviértese en algunos escritores algo así como un espíritu hostil al feminismo en el arte, rescoldos de cierta pasión de misóginos en los trazos de las plumas. [...] ¿Por qué no hacer galerías de los tipos femeninos creados por nuestros más insignes novelistas contemporáneos? [...] Faltan entre nosotros plumas que empleen sus actividades en estos ejercicios para el bien de las letras (Guerra, 1904: 362).

En efecto, el de Tegui se era consciente de que tras el trazo de estos personajes había una perspectiva de género que convenía desgarnar. Así, por citar un ejemplo, al analizar la novelística de la alemana Gabriele Reuter (1859-1941), tomó a la protagonista de una de sus más recientes producciones para invitar a una lectura que reparase en cómo esta, vilipendiada por sus semejantes por haberse alejado de los típicos roles femeninos, era ante todo víctima de las convenciones sociales:

Fuera del hogar, porque la vida conyugal era imposible, ella arrastra una vida de amargas desolaciones. No puede amar a aquel hijo con un amor absoluto de madre, porque surgen de continuo en su conciencia sus remordimientos de esposa. Todos sus amores se han ido o se han secado. Será una infeliz atormentada siempre.

[...] Ante este nuevo tipo femenino vuelve igual interrogación: ¿no es una histérica? ¿Es por el contrario víctima de las convenciones sociales? (Guerra, 1910: 571).

Este empeño por dar visibilidad a las escritoras contemporáneas fue más allá de sus análisis críticos, pues también contribuyó Ángel Guerra a acabar con esta ocultación traduciendo al castellano la obra de escritoras como Marie Louise Ramé (1839-1908), Isabel de Wied (1843-1916), Anna María Zuccari (1846-1918), Caterina Albert (1869-1966) o Grazia Deledda (1871-1936). Este ejercicio de traductor puede considerarse aún más meritorio si se considera que sus ediciones fueron las primeras que conoció el público español en su propia lengua. Así, por ejemplo, una de las modernas editoras de la gerundense Caterina Albert², ha señalado cómo «las traducciones al castellano de obras en catalán no eran

² Esta misma autora había adoptado un pseudónimo masculino, Víctor Catalá, para sortear el sexismo del mercado editorial. No en vano, después de haber ganado un premio en 1898 por la composición de un monólogo, titulado *La infanticida*, padeció la posterior censura del jurado al conocerse la identidad femenina de la ganadora.

habituales como hoy en día y mucho menos si se trataba de traducir a escritoras, todavía muy mal vistas en aquella época» (Hurtado, 2006: 44).

6. Bibliografía

Guerra, Á. (1904). Las mujeres de Zola, por E. Gómez Carillo. En *La Lectura*, n.º 5, pp. 361-363.

Guerra, Á. (3 de octubre, 1906). Literaturas malsanas. En *Heraldo de Alcoy*, pp. 2-3.

Guerra, Á. (1907/2020). Al jallo. En *Ángel Guerra. La Lapa y otros relatos seleccionados*. Lanzarote. Ediciones Remotas.

Guerra, Á. (1908/1989). El justicia del llano. En *Ángel Guerra. Obra selecta*. Las Palmas. Edirca.

Guerra, Á. (1908/1988). Polvo del camino. En *Ángel Guerra. Obra selecta*. Las Palmas. Edirca.

Guerra, Á. (1910). Las grandes escritoras modernas. Gabriele Reuter. En *La Ilustración Artística*, n.º 1497, p. 571.

Guerra, Á. (1912a). *Del vivir revolucionario*. Valencia. Editorial Sempere.

Guerra, Á. (25 de noviembre, 1912b). Las grandes escritoras modernas. Gabriela Preissova. En *La Ilustración Artística*, n.º 1613, p.766.

Guerra, Á. (1917). Detrás del camello. En *Ángel Guerra. La Lapa y otros relatos seleccionados*. Lanzarote. Ediciones Remotas.

Guerra, Á. (9 de febrero, 1918). Llaga social. En *El Pueblo Manchego*, p.1.

Guerra, Á. (7 de septiembre, 1919). Con la cruz auestas. En *La Semana: revista gráfica*, pp. 8-9.

Guerra, Á. (29 de junio, 1935). De la aguja a la pluma. En *El Diluvio*, p. 5.

Gullón, R. (1983). El primer Juan Ramón Jiménez. (Críticos de su ser). En *Actas del Congreso Internacional Conmemorativo de J. R. J.*, tomo I, pp. 15-22.

Hurtado, A. (2006). Caterina Albert y María Luz Morales. En *Cuadernos hispanoamericanos*, n.º 671, pp. 43-54.

Rodríguez, Z. (2022). *Ángel Guerra, un autor de Lanzarote*. Lanzarote: Cabildo de Lanzarote.

6. Apéndice

Hacia una galería de tipos femeninos en la obra narrativa de Ángel Guerra

En consonancia con este empeño en analizar la imagen de la mujer en la obra de las novelistas contemporáneas, también él, en sus propias creaciones, cedió el protagonismo a los personajes femeninos de sus relatos, tal y como ha quedado expuesto en el tercer epígrafe de esta comunicación. Como corolario a este trabajo, se ofrece ahora un apéndice con una galería de tipos femeninos presentes en la obra de Ángel Guerra y que, claramente, hacen alusión a la realidad del archipiélago canario.

La mujer estéril

En los cuatro años de casada, Fula no había tenido ningún hijo. Sin duda era estéril, y eso siempre fue regocijado comentario de la gente de mar. La aburrían a preguntas las compañeras a los pocos meses de matrimoniar. Y el estribillo era constante.

—¿Qué?

—¿Hay lastre a bordo?

—¿Pa qué mes?

Avergonzada, Fula contestaba siempre:

—Pué ser...

Mas, mujeres y hombres, después de repararla bien, repetíanle riendo, al guiñarle el ojo: —Nada, Fula: ¡machorra!

Al jallo (1907)

La mujer sin marido

¡Pobre vieja! Me llamaba su niño. Yo tendría entonces seis años; estaba en la edad de las alegrías infantiles, que tan pronto se van, y no vuelven. No aseguro si había servido en mi casa; solamente recuerdo que me estrujaba, estrechándome entre sus brazos secos, y que siempre me tuvo un cariño inmenso.

Cuando salía de la escuela, siempre iba a verla. Mientras ella sentada en la silla de nogal, a la puerta de su casa, con su traje negro y sus cabellos blancos hilaba los copos de lino con una actividad incansable, yo revolvía por el patio.

[...] Regresé. Ya era hombre. Mis sentimientos habían cambiado, y sobre el labio sombreaba el bozo. Era domingo, y a la puerta de la iglesia esperábamos ver salir en tropel de la misa de alba, al rayar la mañana fresca con reflejos suaves de una luz indecisa, las muchachas relampagueándoles los ojos negros bajo los pliegues airosos de la clásica mantilla.

Y allí cerca, una mendiga extendía su mano flaca implorando una limosna. Noté que me miraba; mas al fijar mis ojos en ella volvía el rostro como huyendo mi mirada.

Terminó el desfile. Volvíamos los muchachos bromeando y, al pasar junto a la mendiga, por más que envolvió precipitadamente el rostro bajo el mugriento pañolón, reconocía al punto. Era la pobre vieja. En aquel momento más que eso: mi niñez, mis alegrías, todo lo que había amado. Abrí mis brazos y la abracé estrechamente. Oí entonces sollozos roncós, creo que mis ojos se humedecieron, y hasta, débilmente, como un grito de agonía ahogado, a mis oídos llegó aquella voz dulcísima de la infancia: ¡mi niño!

Cariño eterno (1898)

La criada fiel

Allí vivía a todo su antojo y holgura el señor Rudesindo. Suyo era el cortijo, amén de otros pisquillos de tierra que constituían su hacienda entera. Como rico, en verdad, lo era. [...] Dábase por satisfecho con una criada de labranza, que lo mismo arreglaba los tres teniques del caldero, al hacer la frugalísima pitanza (remendando de paso, en los días de descanso, la ropa vieja), que salía al campo, escardillo en mano, a segar la hierba en invierno, por estío a arrancar la mies reseca, dorada al sol, y en todo tiempo a coger cochinilla en los cercados de tuneras. No les pedía más que brazo fuerte en el trabajo, y en casa condiciones de criada fiel. [...] La mocedad no sirve para otra cosa que para echarla a chorros de sudor sobre los surcos. La tierra, como el pan, no llega a su punto sino con esfuerzo de brazos. Las caras bonitas para los novios; al amo le bastan cuerpos resistentes y ágiles.

A merced del viento (1912)

La orchillera

Desde mucho antes de clarear el día se ponían las mujeres en camino. La distancia que tenían que recorrer era relativamente grande. Salían de este o del otro caserío y en las veredas se encontraban, formando rancho entonces, para seguir juntas hasta el mismo borde del risco de Famara, donde trabajaban de sol a sol. Eran orchilleras. Hubo tiempo en que ese oficio, allá en la isla de Lanzarote, era lucrativo, aunque sumamente peligroso. Sólo el hábito podía descontar el riesgo.

[...] Así, con riesgo siempre, afanábanse en coger orchilla las mujeres todo el día. Las que criaban, y eran las más, pues para el rudo oficio se necesitaba agilidad juvenil, dejaban arriba, a poca distancia del cantil, los niños medio abandonados, a la custodia de los perros, en cunas improvisadas en hoyos abiertos en la tierra, en cuyo fondo colocaban una azalea, y que sombreaban con unas cuantas ramas de arbusto colocadas en montón, sobre el cual ponían los pañolones extendidos.

Las paces (1920)

La recolectora de cochinilla

Pusiéronse de nuevo a la faena. Las seis mujeronas, dos viejas y las otras cuatro jóvenes, la mano bien forrada en trapajos, que simulaban guantes, la cara cubierta a estilo moruno, sin dejar ver más que los ojos bajo la sombra de la enorme sombrera de palma, cogieron la cuchara, especie de apagaluces, y comenzaron, enzarzadas entre los nopales de recio tronco y resistentes pencas, altos y compactos, a recoger la cochinilla. [...] Era labor penosa, que exigía muchos cuidados. Un puñado de aquello era una riqueza. [...] ¡Las que tendría el amo guardada! Con los tunerales de los cercados y la barrilla del lejío quemada, había hecho mucho dinero.

A merced del viento (1912)

La lavandera

La escasez de agua les daba una importancia grande, en calidad de lavanderas, aunque muy pocos rendimientos si se tienen en cuenta los sudores invertidos. Los pies descalzos, andando los caminos, y los brazos desnudos, de remojo casi todo el día en el agua, padecían los horrores de una labor tan penosa como el oficio imponía.

[...] Era aperreado el oficio. Tenían que correr de un extremo a otro de la isla. Y todo para sacar un mísero jornal. Con mil fatigas, a fuerza de privaciones, podían ir sacando adelante la vida. Aquel camino de la Poceta, de tanto andarlo, se lo sabían de memoria. En él nació, un día de jornada, Tina, la pequeña de Camila, sin que esta interrumpiera la marcha y menos la dura labor indeferible.

[...] No era malo el camino a la Poceta. [...] Pero era también temible. Las lavanderas, antes de lanzarse a recorrerlo, lo escudriñaban. Antes de descender al llano, desde la altura, delante de la cual se abre la inmensa extensión libre, teniendo al fondo el mar sin límites, reconocían el campo antes de lanzarse a él. Si el viento soplaba fuerte, con furia desencadenada, renunciaban a la jornada.

[...] Como si esto no fuera bastante, en aquel camino acechaban a las lavanderas otros enemigos, con los que veíanse obligadas a mantener heroicas luchas. Ya eran los camellos en celo, sueltos, dueños del llano, que corrían a su placer y que acometían a cuantos seres humanos encontrasen en sus frenéticas andanzas; ora eran los cabreros, que ocultos en alguna covacha o bien escondidos tras de las aulagas salvajes, de pronto las sorprendían, asaltándolas con acometividades brutales, enardecidos, a la desesperada.

El justicia del llano (1911)

La víctima de la manada

Narró la muchacha lo sucedido. Habíale salido al camino el perro de un ganado, al atravesar el jable. Sola, luchó con el animal, que embestía con furia

carnicera. Tras un desesperado bregar, logró a la postre huir, llano adelante, mientras el perro, ladrando enardecido, pronto siempre al asalto, la perseguía tenaz y colérico. Un lejano silbo contuvo al animal, y corriendo, fatigada, pero con los ímpetus que le prestaba el miedo, pudo acercarse a la rancharía. [...] Todavía, presa del susto, tartamudeaba la muchacha. Era creíble el caso. Algunas mujeres sonreían maliciosas.

[...] Interiormente reproducían en forma bien distinta la escena. Les eran conocidos los asaltos y la violencia de los pastores cuando alcanzaban a ver a una mujer que, sola, se aventuraba en el llano. Salían en cuadrilla al encuentro, brutales, frenéticos, como los camellos en celo. [...] Surgían de pronto, saltando al camino, agarrando violentamente a la mujer hasta dar con ella en tierra. Escondidos detrás de un médano o al soco de una aulaga, esperaban el momento oportuno. [...] No eran frecuentes los casos. Pero muchas de las mujeres de la Caleta, si bien lo callaban, podían atestiguarlo.

Al jallo (1907)

La víctima de las brujas

—Y de Camila, ¿vustedes han sabido algo?

—No he platicado con nadie —dijo Chano.

—Dijéronme los del cortijo que no ha resollado por ninguna parte. Al pueblo no recala; por el jable no ande. Muerta debe ser. Algún camello confiscado la espachurró. ¡Lo mismito que si la viera! —Será cosa de las brujas... Se llevan las mujeres por el aire. ¿Y ónde? ¿Ónde, cho Am?

[...] Si no está en culpa, ella vuelve. Ya veis el caso de Petrilla la de So. Por si habíase arrepentido de tratar con brujas, una noche desapareció. Halláronla luego, al día siguiente, acurrucada en el cortijo de don Pedro, con todo el cuerpo molido, revolcándose como una perra y echando espumarajos por aquella boca. ¡Buena tunda! ¡No volvió a sanar de la reconfiscada malencia! Pero ahí está...

[...] Recordaba en aquel momento cho Am que Camila, al encontrarla en el camino un día, le dijo que Chano, galán y fanfarrón, la cortejaba y que varias veces había salido al encuentro requiriéndola de amores que ella desdeñara. Pero le tenía miedo.

El justicia del llano (1911)

La bien casada

La boda de Candela se remató con muchos comentarios molestos, unas cuantas risas de burla y gorja, y cuentan las vecinas comadrescas que con unos sonantes golpes con que la obsequió el marido en la alegre noche de novios. No es cosa de destapar, con la punta de la pluma, el secreto de estas desavenencias matrimo-

niales. Allá ellos. La muchacha, como quien salva un mal paso, contentábase con responder a los indiscretos:

—¡Chincharse!... Ya lo tengo por la Iglesia.

[...] Estaba de Dios. Candela pescó un caboso de mar. Roncote era Leoncio y andaba en un costero. Ninguna elección más sabia pudo realizar la chica, aunque no es muy meritoria porque de ella hay mucho ejemplo. Maridos de este oficio son los que convienen. Trabajan como bestias de carga y el jornal lo disfrutan apenas. Tres meses de jornada y una semana en puerto, con inalterable repetición años y años, dan a una mujer más que suficiente garantía de que el matrimonio no es muy molesto. ¡Un chico al año! Es toda la carga que imponen los deberes.

La Lapa (1908)